



**Albert
Rivera**

**JUNTOS
PODEMOS**

El futuro está en nuestras manos

Albert
Rivera

**JUNTOS
PODEMOS**

El futuro está en nuestras manos



ESPASA

© Albert Rivera, 2014
© Espasa Libros, S.L.U., 2014

Edición: Fernando de Páramo

Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez
Imágenes de cubierta y de solapa: amadorcamargo.com

Depósito legal: B. 610-2014
ISBN: 978-84-670-4048-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

ÍNDICE

PRÓLOGO, de Juan Verde	13
CAPÍTULO 1: No somos súbditos, somos ciudadanos	19
CAPÍTULO 2: Los que hemos nacido en democracia	39
CAPÍTULO 3: Educar es invertir	53
CAPÍTULO 4: Nuestra historia y nuestros complejos	77
CAPÍTULO 5: ¡Abajo la partitocracia!	89
CAPÍTULO 6: Devolver el poder a los ciudadanos	97
CAPÍTULO 7: Ética y política	107
CAPÍTULO 8: La gran reforma pendiente	125
CAPÍTULO 9: Una economía al servicio de los ciudadanos	143
CAPÍTULO 10: No hay democracia sin periodismo	159
CAPÍTULO 11: La fuerza de la unión	171
CAPÍTULO 12: Sin sed de venganza, con sed de justicia	187
CAPÍTULO 13: Los Estados Unidos de Europa	205
CAPÍTULO 14: Movimiento Ciudadano: Por las buenas o por las urnas	215
CAPÍTULO 15: Muévete	233
AGRADECIMIENTOS	237

1

NO SOMOS SÚBDITOS, SOMOS CIUDADANOS

En el acto de presentación de la plataforma Ciudadanos de Cataluña en 2005, uno de los invitados de honor fue Fernando Savater, una persona admirada y muy implicada en la vida política española. De aquella intervención me quedó grabada la frase con la que el filósofo cerró su discurso. En realidad, era una pregunta retórica que Savater lanzó a los que allí nos congregábamos: «¿Cuál es la diferencia entre un súbdito y un ciudadano?». Mientras yo le daba vueltas a la respuesta, Savater se contestó a sí mismo: «Los súbditos son los que se preguntan qué nos va a pasar mañana y los ciudadanos somos los que nos preguntamos qué vamos a hacer mañana». Esta frase expresa a la perfección las dos formas de actuar en política de las que voy a hablar a continuación. Por un lado, están aquellos que dejan su destino en manos de otros, sin exigirles nada a cambio, y, por otro, los que pensamos que el poder está en nuestras propias manos, que lo entregamos temporalmente, que lo controlamos y que queremos que se nos devuelva periódicamente para poder volver a elegir a nuestros representantes.

Hemos llegado a creer que la dicotomía política/ciudadanía es irremediable, cuando deberían ser dos partes de un mismo concepto: la vida pública. En realidad, creo que la única rivalidad aceptable es la que debe darse entre los que queremos cambiar las cosas y los que quieren que todo siga igual. Cada vez hay más ciudadanos que desean cambios, y eso solo es posible si se produce una colaboración entre los diferentes movimientos sociales en las calles, en las redes sociales y en las instituciones. Los nuevos partidos, las plataformas civiles o las recogidas de firmas para temas puntuales son actividades complementarias y en ningún caso excluyentes. Siempre he creído que tener buenas ideas es relativamente sencillo y que lo difícil es llevarlas a cabo.

La primera vez que subí a la tribuna del Parlamento de Cataluña, en 2006, como portavoz de Ciudadanos, sentí en cada una de mis células cómo todas las miradas estaban puestas en nuestro partido y, particularmente, en mí. Esos días dormí poco. Seguíamos en una nube tras haber conseguido que un nuevo partido, nacido de la sociedad civil, consiguiera entrar en el Parlamento, algo que no había ocurrido en más de veinte años. Comencé a bajar los escalones desde mi escaño y las paredes se me echaban encima. Ya había pensado otras veces, durante la campaña, que ese momento podría producirse, y aunque muchos creían que no lo lograríamos, aquel día se realizó el sueño de los cerca de noventa mil ciudadanos que habían confiado en nosotros. Encaré los últimos escalones y los murmullos comenzaron a extenderse por un hemiciclo lleno, como era de esperar en una sesión de investidura. Sin duda, no era el escena-

rio más cómodo para un chico de veintisiete años recién cumplidos que, además, tenía el honor y la responsabilidad de ser el diputado más joven de aquella legislatura. Alcé la vista por encima de las primeras filas y comencé a hablar. Por supuesto, aquel no fue mi mejor discurso, sino todo lo contrario, pero mucho me temo que cuando uno quiere preparar «a fondo» las cosas, casi nunca se consigue el resultado esperado. Con el tiempo he aprendido que es mucho mejor dejarse llevar por la intuición y las sensaciones. De vez en cuando miraba al fondo de la sala y veía a muchas de las personalidades que nos habían apoyado durante los días de campaña. Se trataba de un momento novedoso y la expectación era enorme: un partido recién aterrizado y un joven desconocido que se atrevía a hablar en catalán y castellano sin complejos, después de que durante décadas en el Parlamento solo se escuchara a los diputados hablar en una única lengua. Ahora, al echar la vista atrás, me doy cuenta de que hemos conseguido que lo que era noticia dejara de serlo.

En realidad, aquella no era la primera vez que entraba en el Parlamento de Cataluña. Cuando era estudiante de Derecho, el profesor José Carlos Remotti, que impartía la asignatura de Derecho Constitucional, nos propuso a sus alumnos organizar una visita al hemiciclo. Recuerdo que, al cruzar la puerta, me sorprendió su aspecto teatral, las cortinas rojas, la moqueta, las paredes de mármol y las numerosas lámparas antiguas que colgaban del techo. Aquel día asistimos a un pleno y recuerdo que entre los compañeros hablábamos de la inmensa responsabilidad que soportan los representantes públicos a la hora de legislar y decidir la vida de los ciudadanos con sus botones verdes y rojos.

Actualmente no se le da el suficiente valor a la decisión de entrar en política para cambiar, mejorar o modificar la vida de

las personas. Porque, a fin de cuentas, los representantes públicos tomamos decisiones en nombre de otros en un ejercicio que implica representar a los demás, cuestión esta que tanto los cargos públicos como los propios ciudadanos no podemos olvidar. Quienes hemos sido elegidos para ocupar un cargo público tenemos que ser conscientes de que los que mandan son los ciudadanos, que son ellos quienes nos pagan el sueldo, y mientras dedican su tiempo a sus trabajos, a sus familias y, en definitiva, a sus vidas, deben saber que nosotros les representamos. De ahí la importancia de volver a creer en la política, pues solo así se podrá confiar en que quien gobierna tu ciudad, tu comunidad o tu país lo hace por el interés general y no por el suyo particular.

El panorama actual ha provocado la aparición de nuevos partidos políticos, de movimientos sociales, como el 15-M, o de plataformas civiles que participan activamente recogiendo firmas para cambiar las cosas, como está sucediendo, por ejemplo, con la ley de desahucios o la ley electoral. Todos ellos nos dan una buena pista de la nueva etapa política que se va a abrir en España en los próximos años. Porque la actual está acabada y su transformación dependerá de la movilización social y de la toma de conciencia de que todos tenemos mucho que decir en política. Sin duda, este cambio también depende de las posiciones inmovilistas de los principales partidos, que están acomodados en el sistema y no parecen dispuestos a ceder las riendas de un país que ahora mismo controlan. Pero el objetivo está claro: debemos recuperar el poder mediante unas reglas de juego más democráticas en las que ciudadanos y representantes públicos se hallen en igualdad de condiciones.

Sería un error pensar que la democracia se mide por el número de manifestantes que hay en las calles, del mismo modo que

sería una enorme equivocación hacer oídos sordos a las manifestaciones que persiguen mejorar la calidad democrática de los ciudadanos. Sin duda alguna, el 15-M ha sido necesario para aportar valor al debate social y político, pero es fundamental que haya nuevos partidos que recojan esas demandas en las instituciones. Puesto que las principales vías para la canalización de la voluntad popular están siendo obstruidas por aquellos a quienes no les interesa el cambio, elementos como las redes sociales, libres del control de los poderes mediáticos y fácticos, constituyen un buen mecanismo para la organización ciudadana. Ni mucho menos estoy diciendo que las redes sociales sean la solución, pero sí que *son parte* de la solución, pues reúnen unas características que facilitan la libertad de expresión y la movilización.

No sé hasta qué punto esa primera visita al Parlamento de Cataluña me influyó y marcó mi destino, aunque estoy seguro de que algo tuvo que ver en la decisión de nuestro grupo parlamentario —hace de esto ya más de un año— de abrir las puertas del hemiciclo una vez al mes creando una «Oficina de Ciudadanos». Con esta iniciativa hemos evitado que las visitas sean solo turísticas, invitando a los ciudadanos a participar en debates con sus representantes públicos, a preguntar, a proponer y a analizar documentos de trabajo. Además, combinamos las visitas periódicas al Parlamento con encuentros más distendidos, una vez cada dos meses, con grupos de ciudadanos con quienes tomamos un café y charlamos sobre los temas que más les preocupan. Estoy convencido de que estas dos iniciativas deberían ser compartidas por todos los grupos parlamentarios, como ocurre con los perfiles en las redes sociales y los blogs; son herramientas que permiten a los políticos rendir cuentas de su trabajo y de sus agendas.

Es muy reconfortante ver la cantidad de solicitudes que recibimos para acudir a este tipo de reuniones. Por eso, cuando miro a los ojos de las personas que vienen al Parlamento y escucho sus propuestas, experimento sensaciones distintas: por un lado, me siento orgulloso de pertenecer a un grupo humano que es capaz de abrir las puertas de su lugar de trabajo sin miedo a preguntas o situaciones incómodas, y por otro, siento una gran admiración por todos esos ciudadanos, no súbditos, que deciden dar un paso adelante. Estoy convencido de que si ahora mismo no ocupara un escaño en el Parlamento de Cataluña, sería uno de esos ciudadanos críticos que vienen a pedir explicaciones y a hacer propuestas. Me veo reflejado en todas esas personas que quieren cambiar las cosas sabiendo que en sus manos está la llave de su país y de sus vidas.

En esos encuentros periódicos con los ciudadanos, muchas veces estos me preguntan cómo es posible que hayamos llegado a la situación en la que nos encontramos actualmente. No es una pregunta fácil de responder, pero sí tengo claro que no podemos confiar gratuitamente cuatro años de nuestro destino a unos pocos. Y digo pocos porque en nuestro sistema actual no se ceden las responsabilidades a miles de representantes públicos, sino a una cúpula de tres o cuatro partidos políticos. Creo que para volver a tomar las riendas del país es necesario un cambio de mentalidad en los ciudadanos españoles, que debemos asumir que buena parte de lo que ha ocurrido tiene que ver con el abandono de muchas funciones que nos competen a todos. A veces nos olvidamos de que, junto a nuestros derechos, tenemos una serie de obligaciones fundamentales en democracia. Me refiero a controlar, exigir, cambiar el voto y, en definitiva, participar en la política. Hacer caso omiso

a la tarea de exigir más a nuestros representantes ha contribuido a la malnutrición de nuestro sistema.

Es imprescindible deshacer los tapones que la partitocracia ha puesto a todas aquellas vías que sirven para canalizar la voluntad popular. Porque la destrucción de esos canales por parte de los viejos partidos ha traído como consecuencia la indignación de los ciudadanos y, lo que es aún peor, su pasividad. No podemos vivir resignados, pues la resignación es incompatible con la voluntad de cambiar las cosas. Es cierto que el actual sistema de partidos invita a la resignación bajo la apariencia de que únicamente hay dos colores donde elegir, y si no te gusta ninguno de los dos, lo mejor es quedarse en casa y no participar. Sin embargo, creo que hay muchos más matices, más colores que se aprecian en todas esas propuestas que van en una dirección distinta a la actual forma de entender la política y la participación ciudadana. No van del todo desencaminados aquellos que dicen que si no te interesa la política, alguien decidirá por ti y, probablemente, contra ti. Por eso los ciudadanos debemos organizarnos y no tener miedo a optar por una opción política distinta. Aun con las actuales reglas del juego, votando también podemos cambiar las cosas.

Estoy convencido de que ha llegado el momento de iniciar una nueva etapa, pero, sobre todo, ha llegado el momento de que los españoles nos preguntemos qué país queremos, qué debemos reformar, qué funciona y qué no. Por más que dispongamos de un diagnóstico claro sobre lo que está fallando, todavía falta ver qué teclas debemos tocar y qué piezas habrá que cambiar para mejorar las cosas. La primera que me viene a la

cabeza es la transformación de nuestras estructuras democráticas y políticas, con el fin de recuperar la confianza en aquellos que toman decisiones en nombre de los ciudadanos sin olvidar los logros que entre todos hemos alcanzado en estos treinta años de paz y libertad. Soy partidario de adoptar una actitud crítica y reformista, pero también de poner en valor aquello que nos une y que hemos hecho bien tras una larguísima dictadura y un siglo XX plagado de dificultades y conflictos. España no necesita una mano de pintura roja o azul, pues de poco sirve cambiar el color de la fachada si se mantienen las mismas estructuras. Pero tampoco debemos demolerla; en todo caso, lo que se necesita es una reforma profunda y, sobre todo, un buen mantenimiento.

En las últimas conferencias en las que he participado como ponente, ya sea en el Fórum Nueva Economía, en el Club Siglo XXI o en el Ágora de elEconomista.es, la pregunta que más veces me han formulado tiene que ver con cómo podemos realizar los cambios y las reformas que proponemos, es decir, cómo llevar a cabo esta nueva forma de hacer política. La respuesta más habitual a esta pregunta es que conseguirlo es una tarea imposible, porque el actual sistema, basado en la partitocracia, supone un muro infranqueable. Sin embargo, mi respuesta es otra: recordemos que somos ciudadanos y no súbditos, y que cada una de nuestras decisiones, cada uno de nuestros votos, ostentan el poder del país.

Como muchos otros, hace más de ocho años yo también me pregunté cómo cambiar las cosas. Por suerte, en aquel momento coincidí con una serie de personajes públicos en Cataluña que se hacían la misma pregunta y que decidieron firmar un manifiesto

en el que se abogaba por otra forma de entender la política. Para muchos aquello supuso una luz que se encendía en medio de la oscuridad y también una llamada social importante al constituirse como uno de los primeros movimientos civiles. De la mano de referentes políticos, sociales e intelectuales de la sociedad barcelonesa, como Albert Boadella, Xavier Pericay, Arcadi Espada, Félix de Azúa y otros, se dio un paso adelante en lo que hoy podemos calificar como una decisión avanzada en su tiempo: la voluntad de reclamar una alternativa política al nacionalismo que había gobernado en Cataluña durante veinticinco años y de hacer una política distinta al sistema tradicional de partidos. Recuerdo que poco antes de comenzar el verano de 2005 mi madre me dijo que había escuchado por la radio que una serie de personas, entre las que se encontraba Francesc de Carreras, mi profesor de doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona, habían impulsado una iniciativa que parecía interesante. Entré en la página web, me descargué el manifiesto y, cuando terminé de leerlo, me sentí absolutamente representado. Por fin tenía delante de mí un texto, redactado por profesionales de distintos ámbitos y no por políticos profesionales, en el que en poco espacio se decían muchas cosas. El manifiesto hablaba de valores sociales, de regeneración política y de apoyar a una parte de la sociedad catalana que no estaba representada políticamente y en la que yo me incluía.

El 21 de junio, tras salir del trabajo, acudí al acto de presentación de la plataforma. Me imagino que mucha gente no se enteró de la convocatoria, ya que el oasis mediático catalán se encargó de silenciarla, pero, aun así, el llamamiento a través de internet fue exitoso. Cuando entré en la sala del Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona me sentí como si estuviera

en una reunión clandestina, pero según avanzaba por la sala vi cómo la gente se agolpaba en el suelo y en la rampa de bajada, hasta el punto de tener que habilitar otra estancia para los que no cabíamos en la principal. Aquello superó las expectativas de todos, pero seguramente el éxito se debió a que lo que ese grupo de intelectuales había plasmado en su primer manifiesto era lo que nadie se atrevía a decir pero una minoría emergente comenzábamos a pensar. Todos coincidíamos en que había que cambiar las cosas, que la actual etapa política estaba llegando a su fin y que, además, en Cataluña era necesaria una alternativa política al nacionalismo y a la partitocracia tradicional.

Recuerdo que mientras me hacía un hueco en la sala, sentado en el suelo y con el casco en la mano, me sentí impresionado al darme cuenta de que personas de semejante talla intelectual decían lo que algunos pensábamos en casa o comentábamos con los amigos, pero sin sentirnos capaces después de decirlo más alto, a veces por miedo a caer en lo políticamente incorrecto o por no querer posicionarnos públicamente. Aquel acto me impactó y me marcó para siempre. Cuando acabó, me acerqué al profesor Francesc de Carreras y le dije que contaran conmigo para colaborar. Me dijeron que en septiembre empezarían a ponerse en contacto con los que queríamos echar un cable. En efecto, después del verano recibí un e-mail en el que se indicaban las primeras convocatorias en función de las categorías profesionales de los voluntarios. Puesto que soy abogado, me ofrecieron participar en el área de justicia, donde coincidí con otros profesionales del Derecho. Poco a poco comenzaron a organizarse reuniones territoriales y actos por toda Cataluña y en el resto de España. Los organizadores presentaban el manifiesto con la intención de levantar un banderín y ver cuánta gente se

adhería. En esa fase era fundamental saber si aquello se trataba únicamente de elucubraciones de un grupo de amigos o si, en realidad, detrás estaba el germen de una nueva formación y de una nueva etapa política. Resulta paradójico que en un sistema democrático y de bienestar como el nuestro tuviésemos que movilizarnos para defender las libertades. Pero la verdad es que el tiempo les ha dado la razón.

En aquel momento yo compaginaba mi trabajo en La Caixa con las reuniones y mi participación en la plataforma civil de Ciudadanos. A diferencia de la génesis y del funcionamiento de otros partidos, nosotros éramos una asociación civil y lo que la gente aportaba era pura vocación, que se traducía en mucha dedicación, tiempo, trabajo y dinero. Yo me responsabilicé de organizar la agrupación del Vallés Oriental, que es la zona en la que vivo, coordinando actos y haciendo un llamamiento a la población. La tarea no era fácil, pues apenas disponíamos de medios. Quedábamos los fines de semana y, armados con una madera y un mantel que metíamos en el maletero de mi coche, improvisábamos mesas desde donde repartíamos octavillas. Éramos un grupo de personas sin trayectoria política y con muchas ganas de cambiar las cosas.

El 12 de abril de 2006 se celebró el primer acto de la plataforma Ciudadanos en la zona del Vallés Oriental y fui el encargado de organizarlo. Decidimos hacerlo en Granollers y eso implicaba reservar salas, conseguir medios audiovisuales y convocar a los ciudadanos, es decir, algo sencillo en apariencia, aunque solo desde la voluntariedad y sin los medios necesarios aquello supuso un trabajo realmente duro. Conseguimos que Arcadi Espada y Francesc de Carreras acudieran al acto, y recuerdo con especial cariño la presencia como invitado del

que fuera expresidente del Tribunal Constitucional y exministro, don Manuel Jiménez de Parga. El acto fue todo un éxito, pese a que también nos encontramos con intolerantes que no querían que se celebrasen nuestros encuentros. Para mí fue un honor poder presentarlo y compartir mesa con unas personas a las que admiraba y a las que seguía desde hacía tiempo. Pronto nos dimos cuenta de que las salas se quedaban pequeñas, por lo que nos planteamos buscar una sede en la que reunirnos sin tanto aprieto. Una persona que simpatizaba con nosotros nos dejó un pequeño local que tenía a pocos kilómetros del centro de Granollers. Era una sala humilde, de poco más de veinte metros cuadrados, que estaba completamente vacía. Recuerdo que junto al ahora diputado y amigo José María Espejo-Saavedra la limpiamos de arriba a abajo, cubriéndonos nariz y boca con unas mascarillas por la cantidad de polvo que había, y que, pese a no ser la sede con la que soñábamos, lo pasamos muy bien bromeando con la idea de que quizá estábamos dando el primer paso para llegar al Parlamento y defender a todos aquellos que trabajaban con la misma ilusión y que esperaban que nos convirtiésemos en una alternativa real. En aquel momento no solo lo veíamos lejos, sino casi imposible. Pero ahí estábamos, intentando cambiar las cosas con amigos y compañeros, a horas intempestivas y luchando por unas ideas que deseábamos llevar a la práctica.

Con el tiempo comenzamos a conseguir afiliados, y eso nos ayudó a celebrar más actos y a transmitir mejor la información que queríamos hacer llegar a los ciudadanos. En el camino nos tropezamos con la campaña por el Estatuto de Cataluña y decidimos pedir el voto en contra, puesto que se trataba de un Estatuto inconstitucional e inoportuno que una gran parte de la

sociedad catalana ni había pedido ni deseaba. Yo mismo trabajé en el argumentario durante la etapa en que fui responsable de Acción Política en la plataforma civil. Puesto que nos organizábamos por temas, abordábamos los asuntos desde diferentes especialidades. Aún no éramos un partido político y no estábamos en el Parlamento, pero, desde nuestra humildad, organizamos diferentes actos para explicar a los ciudadanos lo que implicaba renunciar al Estatuto de 1979 y los motivos por los que no creíamos conveniente entrar en esa deriva. Finalmente se demostró que el Estatut no solo era inconstitucional, sino un nido de incongruencias.

A raíz de mi participación en la agrupación del Vallés Oriental y en la sectorial jurídica que impulsé con José María Espejo-Saavedra y otros abogados, como Carlos Carrizosa y Carmen de Rivera, también hoy diputados, me fui implicando cada vez más en el proyecto hasta terminar formando parte de la ejecutiva de la plataforma civil, junto con otras quince personas. Disfruté mucho de mi labor en Acción Política, puesto que allí se trabajaban los argumentos, las ideas y se profundizaba en los documentos que después empleábamos para explicar a los ciudadanos cuál era nuestra posición en los asuntos que verdaderamente les interesaban. Recuerdo aquella época como un tiempo de ilusión, de mucho trabajo, pero también de dudas, puesto que éramos conscientes de lo difícil que era poner en marcha una nueva formación política.

La gran lección que he aprendido de Ciudadanos y de aquellos primeros años es que cuando uno se organiza todo es posible. De ahí que a la pregunta de si las cosas se pueden cambiar, yo siempre contesto que depende de nosotros y que ese es el gran reto que hoy tenemos los nuevos partidos, las plataformas civiles

y los que abrimos nuevos canales de participación. Hay que hacer las cosas con el corazón, pero también con la cabeza, y es en la unión de estos dos elementos clave de nuestro cuerpo donde encontramos el camino para el cambio. Del mismo modo que algunos hemos visto que se puede, los ciudadanos tenemos que entender que si dejamos los asuntos que nos preocupan en manos de unos pocos, perderemos las riendas de nuestra vida colectiva e individual. En mi opinión, la política no es más que un instrumento que permite que los ciudadanos de una comunidad, de una ciudad o de un país vivan mejor, tengan una vida más próspera y más oportunidades de ser felices. Este debe ser el fin único de la política: hacer las cosas más fáciles a los ciudadanos.

Soy la misma persona que hace siete años limpiaba aquel humilde y polvoriento local, que cargaba tablas y octavillas en el maletero de su coche y que intentaba hacer campaña después del trabajo, por más que hoy tenga la responsabilidad de presidir el grupo parlamentario que más ha crecido en las últimas elecciones. Como ya he dicho, los sueños, cuando se persiguen, se pueden alcanzar. El camino a la felicidad, como dicen los estadounidenses en su Constitución, en buena medida consiste en el propio camino. Perseguir sueños y disfrutar haciéndolo es una prueba de que es posible realizarlos. Yo he tenido la suerte de vivirlo en mis propias carnes, actos, gestos y momentos, y he comprobado que cuando trabajamos con pasión y organización, todo es posible. Los españoles tenemos sobre la mesa el reto de transformar nuestro país, mejorarlo y hacer de él un lugar más justo donde los ciudadanos tengan una prosperidad económica y unos derechos sociales garantizados. Nos habían vendido que

esto ya estaba hecho y que iba de la mano de la Transición; incluso los que hemos nacido en democracia pensábamos que la prosperidad y los derechos venían «de serie». Se ha hecho evidente que no es así, y que la democracia, el bienestar, al igual que una familia o una empresa, hay que trabajarlos día a día. Por eso los españoles necesitamos comprometernos para que cada cual, desde su puesto, intente cambiar las cosas. Repito: eso solo se consigue siendo ciudadanos y dejando de ser súbditos.

Si ya es difícil que en este país se valore a quienes ponen en marcha un proyecto empresarial para crear riqueza o puestos de trabajo, aún lo es más encontrar un reconocimiento a la participación y al empoderamiento social de quienes se embarcan en un proyecto para mejorar la sociedad en la que viven, y todo ello sin ánimo de lucro y para beneficiar a la ciudadanía en general y no solo a quienes lo ponen en marcha. En un momento como el que está viviendo el país creo que hay que poner en valor todas esas asociaciones, movimientos civiles e incluso partidos que están contribuyendo a que se abra una grieta en el muro y a que los ciudadanos canalicemos nuestras ilusiones y nuestra voluntad de cambio a través de ellos. Aunque las reglas del juego son difíciles de manejar, estos movimientos demuestran que hay que organizarse para cambiar las normas, y esto requiere proyectos de todo tipo, incluidos los políticos.

Muchos ciudadanos piensan hoy que el problema de este país es la política y los políticos; de hecho, según los estudios del CIS, es una de las principales preocupaciones de los españoles. Comparto esa preocupación, pero añado un matiz: el problema no es tanto la política como servicio público, sino la política de los que están al servicio de los partidos y no de los ciudadanos. De hecho, cualquier forma de proceder que se ale-

je del servicio a los ciudadanos no debería ser considerada política, sino una mala práctica que pervierte su finalidad y provoca la indignación de los ciudadanos.

La historia nos demuestra que los cambios en las sociedades no suceden de golpe, sino que llegan de la mano de grandes minorías que entienden que a una idea le ha llegado su momento y que se organizan para llevarla a la práctica. No podemos confiar en que la mayoría de españoles, de la noche a la mañana, cambie su actitud ante la política, las instituciones o la participación social. Pero no hay duda de que existe una minoría creciente en España, cada vez mayor, que está tomando conciencia, que cree en ese cambio y que lo ve necesario y urgente. Comprendo que muchos ciudadanos hayan perdido la esperanza y tirado la toalla pensando que, gobierne quien gobierne, todo va a seguir igual, porque las reglas del juego son siempre las mismas y que ese «sueño español» es una utopía. Me gustaría decirles que la historia está llena de sueños cumplidos, de sacrificios y de cientos de miles de ciudadanos que se han movilizado no solo por su interés particular, sino por el interés colectivo. La propia historia de España, desde la Constitución de Cádiz hasta la Transición, demuestra que en este país, en situaciones excepcionales, los ciudadanos han hecho cosas excepcionales. Por supuesto, no todo lo realizado por anteriores generaciones nos ha gustado y nos hemos dado cuenta de que muchas medidas no han funcionado. Pero se han logrado objetivos y ha llegado el momento de que nosotros también los logremos. Si miramos a nuestro alrededor y vemos los cambios que se están produciendo en muchos países, nos daremos cuenta de que cuando los ciudadanos se movilizan a favor de una idea a la que le ha llegado el momento, esta se convierte en algo imparable.

Solo existe una alternativa a la democracia, y es más democracia. No hay atajos ni populismos que valgan; se trata de perfeccionar y mejorar nuestra democracia dejando la política del cabreo en el sofá —y la de tertulia de salón— para pasar a la acción. Para los que somos demócratas solo existe una vía posible, y es dentro de las leyes y con los instrumentos de presión legítimos y democráticos que tenemos a nuestro alcance.

Si hubiéramos preguntado a muchos berlineses si serían capaces de derrumbar el muro de Berlín, seguramente muchos habrían contestado que era imposible. Sin embargo, los muros, cuando se ejerce presión social, se usa el sentido común y se manifiesta la voluntad de cambio, acaban cayendo. El muro de la partitocracia que conforma el actual sistema puede parecernos un obstáculo infranqueable, pero la realidad es que ya se han abierto grietas, y la prueba la tenemos en algunos movimientos civiles, sociales y políticos que han logrado abrir brechas en las instituciones, en la opinión pública, en los medios de comunicación, en la calle y en las redes sociales. Ahora ha llegado el momento de hacer palanca para que caiga el muro. Por más que cada cual sea libre de trabajar a su manera para derribarlo, al final son las urnas, las libertades y la movilización las que podrán cambiar las cosas.

Uno de los límites que en muchas ocasiones nos ponemos los ciudadanos españoles es el de pensar que las elecciones siempre las ganan los mismos y que los resultados electorales no van a posibilitar cambios porque el ganador está predeterminado. Soy totalmente consciente —lo he sufrido en primera persona— de las trampas y los beneficios con los que funcionan los

grandes partidos frente a los de nueva creación y a las plataformas civiles. Pero es igualmente cierto que algunos hemos vivido éxitos electorales y pequeños cambios que están influyendo en la vida pública española. Cada ciudadano español tiene un voto, cada uno de nosotros formamos parte de la soberanía nacional y, por tanto, el poder está en nuestras manos. Por eso, cuando los ciudadanos participamos, estamos influyendo en los cambios de nuestra sociedad, y por más que estos nos parezcan insuficientes, debemos recordar que las grandes transformaciones sociales tardan años, décadas, y cuestan mucho esfuerzo. Pero finalmente llegan. Estoy convencido de que nos encontramos ante un final de etapa y que el cambio, tarde lo que tarde, depende de la voluntad, de la movilización y de la ilusión de los ciudadanos españoles. Aunque pensemos que este país está en manos de unos pocos, si queremos puede volver a estar en manos de cuarenta y siete millones de personas.

Por desgracia, la misma dinámica política del país ha hecho que tengamos la sensación de ser súbditos y no ciudadanos. Tanto el sistema político como la falta de cultura democrática nos han llevado a un sistema en el que parece que nuestra única implicación en política consiste en votar cada cuatro años. Desde un punto de vista histórico, el concepto de súbdito tiene su origen en aquellas personas que dependían de otros, es decir, hombres y mujeres que no decidían su propio destino, sino que estaban al servicio de señores feudales o monarcas que, a cambio de obediencia, les proporcionaban cierta protección y unos servicios mínimos. No fue hasta la Revolución Francesa, con la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789, cuando el concepto de ciudadanía se consolidó, comenzando a reflejar aspectos tales como que «los hombres nacen y permane-

cen libres o iguales» o que «la sociedad tiene derecho a pedir a todos sus agentes cuentas de su administración». Son principios que gozan de una actualidad sorprendente, pero, paradójicamente, los hemos olvidado y apartado de nuestras obligaciones.

Dar sentido al concepto de ciudadano, que tan asumido está en el actual lenguaje político y social, supuso un enorme sacrificio social. Creo que ahora más que nunca debemos reivindicarlo y ejercerlo cada día, siendo conscientes de nuestros derechos y obligaciones. Me refiero a los derechos consolidados en nuestra Constitución y a la obligación de participar en la vida pública. Hablar de súbditos en pleno siglo XXI y con nuestra Constitución española vigente parece contradictorio. Sin embargo, pese a que contamos con un sistema democrático que garantiza nuestro voto en unas elecciones periódicas, en realidad hemos visto que nos hallamos ante una democracia de baja intensidad en la que solo podemos elegir cada cuatro años y entre muy pocas opciones. No se puede decir que no hay democracia en España, pero sí podemos afirmar que tenemos una democracia debilitada que hay que sanear entre todos.

Aquella reflexión, con la que cerró Savater su intervención y a la que me referí al principio, me quedó grabada, pues refleja el motivo por el que tanta gente —y es este mi caso— decide participar en la vida pública. Desde entonces pienso que ser ciudadano o ser súbdito es una actitud ante la vida y que cada cual sabe en qué lado se encuentra, cuál es su opción. A diferencia del súbdito, entre ciudadanos ha de establecerse una relación de igual a igual, nunca jerárquica ni de sometimiento. El futuro de España depende de estos ciudadanos libres e iguales que son conscientes de que el poder está en sus manos. Ha llegado el momento de pasar de la indignación a la esperanza.